Jennifer Chambliss Bertman

EL CÓDIGO INDESCIFRABLE

DESTINO

EL CÓDIGO INDESCIFRABLE

JENNIFER CHAMBLISS BERTMAN

Traducción de Liwayway Alonso

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Unbreakable Code*
© del texto, Jennifer Chambliss Bertman, 2017
© de la traducción, Liwayway Alonso Mendoza, 2018
Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-08-18253-5
Depósito legal: B. 2.669-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

El Fénix se mezcló con el grupo de gente dispersa que esperaba al autobús. Con una mano enguantada sujetaba un vaso de papel al mismo tiempo que consultaba el reloj. Al verlo de pasada, cualquiera lo hubiera encontrado corriente, mediocre. Así era y así había sido siempre. Todo el mundo lo subestimaba.

Se trataba de un gran error.

El 41 dobló la esquina y paró delante de Washington Square. Antes de unirse a la cola que se había formado para subir, el Fénix se llevó el vaso a los labios y fingió beber un último sorbo. Luego sacó un envoltorio de chicle del bolsillo, lo tiró dentro del vaso y abandonó las dos cosas sobre el banco del parque, junto a un estuche con cremallera.

Fue el último en subirse al autobús. Salvó la escalera de un par de zancadas y mostró brevemente su tarjeta al conductor, que apenas le echó una ojeada. Recorrió el pasillo entre la gen-

te, que estaba demasiado absorta con los móviles, los libros de bolsillo, los periódicos, las tabletas y los ritmos que palpitaban en sus oídos para prestarle atención. La gente estaba deseando no prestar atención.

Se sentó al fondo, junto a una ventana, para poder contemplar la bahía a lo lejos, mientras avanzaban lentamente colina arriba. Un profundo azul grisáceo inundaba el cielo y empujaba los rescoldos del atardecer más allá del horizonte. Alcatraz era una mancha negra contra el agua resplandeciente.

Mientras contemplaba el paisaje, pensaba en los desechos que había dejado atrás. El vaso de papel lleno de agua en vez de posos de café. El envoltorio de chicle que no estaba aplastado, sino que envolvía un pequeño cubo de color blanco plateado. Imaginó el agua empapando el pedazo de papel, atravesando el recubrimiento encerado hasta llegar al cubo.

Entonces haría explosión.

No sería una cosa espectacular como en las películas. Al menos no debería serlo. Él no podía responsabilizarse de lo que otros dejaban atrás. La explosión haría ruido: un petardo lo bastante fuerte para que la gente y los perros que estuvieran cerca se llevaran un susto. Al principio el fuego sería pequeño. Las llamas se cebarían con el vaso, luego se extenderían rápidamente, envolviendo el estuche de cremallera que había dejado al lado.

A lo mejor algún día se quedaba a verlo. Nunca lo había hecho. Pero no sería esta noche. Esta noche llegaba tarde a una fiesta literaria.

Capítulo 2

—¡Que el tiempo corre! —gritó Emily por el pasillo vacío.

Taconeó con las botas y se ajustó el pin de los Buscadores de Libros que llevaba en el vestido. No le gustaban mucho los vestidos, pero esta noche se trataba de una ocasión especial. Su madre había conseguido uno de punto con capucha, así que no andaba muy lejos de sus típicos vaqueros y sudadera, y las botas eras planas. Perfectas para recorrer las colinas de San Francisco.

—¡Vamos! —apremió a su familia.

La puerta de Matthew se abrió. El apartamento era largo y estrecho, así que no tuvo más que avanzar un par de pasos por el pasillo para reunirse con ella en lo alto de la escalera interior de la entrada. Su hermano mayor vestía vaqueros y una camiseta con un diseño que imitaba la pechera de un esmoquin. Se había teñido el pelo negro como un cuervo y lo llevaba peinado de punta. Emily le señaló la cabeza con un gesto interrogativo y él respondió:

—La versión moderna del sombrero de copa.

Del cuarto de sus padres, al otro lado del pasillo, salió su padre dando saltitos hasta la cocina mientras tiraba de un calcetín.

—¿Tengo que llevar corbata? —Se oyó desde la otra punta del pasillo, detrás de la esquina.

—¿Papá tiene corbatas? —preguntó Matthew.

—¿Y encima las guarda en la cocina? —se sorprendió Emily.

Bajó de espaldas un peldaño, acercándose poco a poco a la puerta principal, como si aquello fuera a servir para lograr que sus padres se dieran más prisa. Su mejor amigo, James, que vivía arriba, aparecería de un momento a otro con su familia para ir juntos dando un paseo hasta la librería de Hollister.

El padre de Emily cogió una caja de cartón que seguía sin abrir, aunque los Crane llevaban ya tres meses viviendo en San Francisco. La dejó en el pasillo y sacó un colador, un libro de arte sobre Diego Rivera y un pedazo de tela que al desenrollarse resultó ser un par de corbatas. Se colocó en el pasillo delante de la puerta del baño diminuto y contempló su reflejo en el espejo, levantando primero la corbata azul y después la roja.

—Están un poco arrugadas.

La madre de Emily salió de la habitación a grandes zancadas, con una falda larga que le envolvía los tobillos y una cámara colgada por encima del jersey, como un collar.

—Necesitarás una chaqueta, Matthew —dijo—. A la vuelta va a refrescar.

Matthew regresó a su habitación y entonces sonó el timbre. Emily se retorcía las manos, desesperada.

—Han llegado los Lee —dijo, avanzando otro paso escaleras abajo, hacia la puerta—. Olvídate de la corbata, papá. Estás estupendo.

La cara de preocupación de su padre se convirtió en una sonrisa.

—Gracias, cariño. —Volvió a lanzar las corbatas a la caja de cartón—. Entonces estoy listo.

Matthew se reunió de nuevo con el resto de la familia justo cuando el timbre sonó por segunda vez.

—Por fin —dijo Emily.

Su madre chasqueó los dedos.

—La batería de la cámara. Me la he dejado en el cargador.

Salió corriendo por el pasillo.

Emily suspiró.

Los Crane y los Lee formaban una auténtica procesión marchando colina abajo. La abuela de James abría el camino, una diminuta fuerza que desfilaba balanceando los brazos, esquivando árboles de Navidad llenos de agujas secas que esperaban al servicio de recogida en la acera. La seguían Emily, James y Matthew. Al pasar por debajo de las farolas, el «sombrero de copa» de Matthew arrojaba una sombra que le daba pinta de Frankenstein. Detrás iban las madres, absortas en una

discusión sobre fotografía de comida. La madre de James llevaba un negocio de catering de comida china, con la abuela, y la madre de Emily era diseñadora gráfica, además de fotógrafa. El padre de James, al que Emily solo había visto antes una vez, y su padre cubrían la retaguardia.

La noche cayó sobre la ciudad mientras caminaban, pero en su barrio nunca parecía llegar a oscurecer del todo.

En Nuevo México, donde Emily vivía antes, el cielo nocturno era negro como un tintero, y cuanto más mirabas, más estrellas aparecían, como si un dedo invisible se dedicara a perforar nuevos agujeros para dejar pasar la luz. En San Francisco, las ventanas arrojaban un resplandor cálido de color ámbar desde las casas de tres y cuatro plantas que se arracimaban a lo largo de la calle, alumbrando su camino junto con las luces de las calles y los faros de los coches. Las estrellas, si conseguías verlas, quedaban en segundo plano.

Las familias giraron hacia la calle Polk y las mariposas del estómago de Emily revolotearon con más fuerza. No sabía decir si era de nervios o de la emoción. Acudían a una fiesta literaria organizada por la editorial Bayside Press para celebrar la aparición de un manuscrito desconocido de Edgar Allan Poe encontrado por Emily, James y Matthew —en realidad lo habían rescatado— un par de meses atrás. Los tres iban a recibir un homenaje.

Bajo el resplandor de los escaparates de los restaurantes y las tiendas, Emily descubrió unos brillos en el pelo de James.

—¿*Steve* lleva brillantina? —preguntó Emily.

James llamaba *Steve* a su tupé, un mechón de pelo que tenía vida propia. La posición natural de *Steve*, en lo alto de la cabeza de James, era de «¡ta-chán!» y aquellos brillos le sentaban muy bien.

—Él también quería ponerse elegante —respondió James.

Matthew asintió con un gesto de comprensión.

El grupo llegó a la tienda de Hollister. A través del gran escaparate solía verse una librería acogedora y tranquila, pero aquel día, para la ocasión, habían retirado las estanterías y el espacio abierto estaba abarrotado de gente. Cuando Emily se imaginó que todas aquellas cabezas se giraban al entrar ella por la puerta, el vestido se le encogió siete tallas. ¿Se suponía que debía hablar delante de toda esa gente?

La abuela de James empujó la puerta. El sonido de las campanillas de siempre quedó ahogado por las animadas conversaciones. La mayoría de la gente que había en la tienda eran adultos, gente corriente y moliente, por lo que quienes iban disfrazados de Edgar Allan Poe destacaban todavía más, con sus trajes antiguos, pañuelos anudados al cuello y pequeños bigotitos. Un hombre llevaba un cuervo de mentira en el hombro y otro (que tenía los dedos manchados de sangre y vendados) llevaba una jaula con un cuervo de verdad, en homenaje a uno de los poemas más famosos de Poe.

También había niños, algunos muy pequeños, en los brazos de sus padres o cogidos de la mano. Algunos más mayores se agrupaban alrededor de una mesa resolviendo acertijos o se ayudaban los unos a los otros a colocarse tatuajes temporales de escarabajos de oro. Matthew saludó con un gesto de

la cabeza a un grupo de quinceañeros que esperaban cerca de la comida y la bebida y cruzó al otro lado de la sala para saludar a sus amigos.

Emily sondeaba el gentío y descubrió en casi todos los asistentes un elemento en común: el pequeño pin dorado de los Buscadores de Libros. El mismo pin que la propia Emily lucía todos los días. Los Buscadores de Libros era el juego de caza de libros al que llevaba jugando unos cuantos años. La gente escondía libros usados en sitios públicos y subía pistas para encontrarlos a la página de internet. En realidad el pin no formaba parte del juego; no era más que un adorno que la gente lucía a veces, como un símbolo secreto para poder reconocer a los compañeros de juego sin necesidad de preguntar. Emily jamás había visto tantos pins exhibidos de manera tan evidente al mismo tiempo. Los destellos dorados deberían haberla ayudado a tranquilizarse, al saber que estaba rodeada de amantes de los Buscadores de Libros, como ella, pero el caso era que no le permitían reconocer a nadie. Si la gente hubiera podido vestirse con sus avatares de los Buscadores de Libros, habría sido otra historia.

Emily alargó el cuello, intentando encontrar al señor Griswold, el creador de los Buscadores de Libros y editor del nuevo libro de Poe. Era muy alto y tenía por costumbre vestir de azul plateado y burdeos, los colores de Bayside Press, de modo que no pasaba desapercibido. Vio un destello de aquellos colores y creyó haberlo encontrado, pero solo era Jack, el ayudante del señor Griswold, hablando con alguien en la otra punta de la sala.

Al margen de la fiesta, un hombre trasteaba con una enorme videocámara y una mujer vestida con traje hacía rotaciones de cuello y otra cosa que Emily describió como gimnasia de cara besucona. Esta mujer sujetaba un micrófono a un lado, despreocupadamente. A Emily se le encogió el estómago cuando comprendió que aquella pareja sin duda pertenecía a una de las cadenas de noticias que, según Hollister, asistirían a la fiesta.

¿Y dónde se suponía que estaba Hollister? Por fin Emily lo vio de espaldas, en el otro extremo de la sala abarrotada. Conversaba tan animadamente que su coleta de rastas rebotaba por toda la cazadora. Alguien le dio unas palmadas en el hombro y señaló hacia donde estaban Emily y James. Hollister se dio media vuelta y una sonrisa se dibujó en su rostro. Abrió mucho los brazos, como enviándoles un abrazo, y anunció:

—¡Los chicos de moda!

Las voces se acallaron. Tal y como había imaginado, todos los rostros se volvieron y se quedaron mirándolos. Le ardían las mejillas ante aquel arrullo colectivo. Se puso a toquetear su pin de los Buscadores de Libros. James levantó la mano en un saludo titubeante. Matthew volvió para unirse a ellos y levantó el puño cerrado delante de la multitud. Cuando Hollister llegó a su lado se fundió con Emily, James y Matthew en un abrazo de oso en grupo.

—¿Estáis emocionados? —preguntó.

«Aterrados», pensó ella para sus adentros, pero asintió mirando a Hollister.

—¿Ya ha llegado el señor Griswold?

Hollister puso cara de algo. No sabía si era preocupación o culpabilidad. Negó con la cabeza.

—No va a poder venir. Aunque estoy seguro de que le habría gustado asistir. Jack lo sustituirá como maestro de ceremonias.

Hollister se volvió para saludar a los padres de los chicos, y James miró a Emily con una ceja levantada. Hacía muchos años, Hollister y el señor Griswold habían sido los mejores amigos del mundo, pero luego se había enfriado la cosa. Al enterarse de que el señor Griswold daba una fiesta en la tienda de Hollister por el nuevo libro de Poe, Emily y James habían tenido la esperanza de que los dos viejos amigos hubieran hecho las paces. Pero si el señor Griswold no había acudido podía ser que, después de todo, no fuera ese el caso.

—Dinos dónde están los libros, Hollister —dijo el padre de Emily—. Los orgullosos progenitores quieren ejemplares extra.

—¿En serio? —preguntó Emily.

Como la familia había hecho tantas mudanzas, sus padres no eran muy dados a tener ninguna pertenencia, ni siquiera libros, aunque les encantaba leer. «¡Para eso están las bibliotecas!», decía siempre su padre. Tanto él como su madre llevaban casi toda la vida obsesionados con la misión de vivir una vez en cada estado. Hacía muy poco que Emily los había convencido para que se instalaran en San Francisco por un tiempo indefinido, en lugar de mirar siempre hacia el futuro buscando el siguiente lugar adonde mudarse. De modo que el hecho de que su padre quisiera comprar otro ejemplar del

nuevo libro de Poe era un gesto pequeño pero muy importante.

—Le pediré a Charlie que os traiga unos cuantos —dijo Hollister.

—¿Quién es Charlie? —preguntó James.

—¿Todavía no lo conoces? —Hollister recorrió la sala con la mirada, intentando encontrar a aquella persona—. Lleva aquí unas semanas. Un nuevo empleado. Lo vi entrar hace poco, así que no puede andar muy lejos... —Hollister echó un vistazo alrededor—. Bueno, da igual. Ya los traigo yo.

Cuando Hollister ya se alejaba, apareció Jack atravesando un trío de Edgar Allan Poes. Su chaleco bermellón y azul plateado combinado con los Poes del fondo lo hacían parecer el cantante de un grupo musical muy extraño. Señaló una foto ampliada de la portada de *Los asesinatos de la catedral* colgada encima del mostrador central.

—El libro no existiría sin estos chicos... Espero que sean conscientes de eso —dijo Jack a las familias de Emily y James.

El señor Lee apoyó las manos en los hombros de James.

—Me habría gustado tener esa suerte de pequeño. Aunque de todas formas no habría tenido tiempo de ponerme a buscar cosas así. Mi madre me tenía ocupado en cosas serias.

Emily miró intrigada al señor Lee. Aunque se le veía cara de orgullo, hablaba en tono burlón. No era la suerte, ni mucho menos, lo que les había llevado a James y a ella a descubrir el manuscrito desconocido de Poe.

James observó el gesto de Emily y se encogió de hombros como diciendo: «Así son los adultos, ¿qué le vamos a hacer?».

—Bueno, pues deberíamos empezar. —Jack se frotó las manos—. Toda esta gente está deseando saber más de vuestras aventuras y conoceros.

Emily y James se pegaron más el uno al otro, pero Matthew sacó pecho, dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa. Él siempre estaba dispuesto a entretener a sus fans en potencia.

Jack se subió de un salto a la plataforma del frontal de la tienda, que normalmente servía de base para los escaparates, pero que aquella noche cumplía las funciones de pequeño escenario. A su lado había una pantalla blanca encima de un caballete. Dio unos golpecitos al micrófono, que lanzó un pitido, y habló:

—¡Hola a todos!

Por su entusiasmo y su constitución espigada, a Emily le recordaba a un señor Griswold de joven.

Sintió una punzada de desilusión que por un instante hizo que olvidara sus nervios. Le hubiera encantado verlo aquella noche: solo había visto a su ídolo una vez.

—¡Bienvenidos a la espléndida librería de Hollister! —dijo Jack—. ¡Gracias por recibirnos, Hollister!

Todos comenzaron a vitorear y Hollister saludó, acallándolos con un gesto bonachón.

—Aunque el señor Griswold no ha podido estar aquí en persona, sí ha querido hacer su aparición. De modo que sin más preámbulos...

—Jack señaló la pantalla que tenía al lado y Hollister apagó las luces de la tienda.

La pantalla se iluminó y apareció la cara de Griswold. Se

acercó más y más a la cámara que lo estaba filmando hasta que sus gafas de montura invisible, su nariz prominente y su poblado bigote llenaron toda la pantalla. Luego se recostó y sonrió.

—¡Saludos, buscadores! —exclamó el señor Griswold, y la sala se llenó de vítores.